

Alfonso Reyes y Goethe

Rafael Gutiérrez Girardot

Para Sergio Pitol

En su ensayo *Alfonso Reyes helenista* (1959), el filólogo clásico Ingemar Düring, sucesor de Werner Jaeger en Harvard, pasó revista a las obras de Alfonso Reyes sobre la Antigüedad clásica y registró, de paso, algunas de las huellas que su «afición de Grecia» había dejado en la obra del príncipe de la prosa española. Düring juzga los aciertos de Reyes pero a los desaciertos les dedica una benevolencia rayana en cortés caridad, que no se hubiera permitido poner en juego con un colega europeo. La actitud de Düring no era del todo eurocentrista, pero en él pesaba más que el cosmopolitismo sueco la mirada del especialista que gracias a la furibundia de Wilamowitz-Moellendorf había inmunizado su especialidad contra la crítica que le hizo «el filólogo Nietzsche», esto es, que se detenía en examinar una mancha de aceite en vez de contemplar la totalidad del cuadro. Con sus libros sobre la Antigüedad clásica, Alfonso Reyes no se propuso contribuir a la ciencia. A su traducción de las nueve primeras rapsodias de la *Iliada* antepuso esta elegante confesión: «No leo la lengua de Homero; la descifro apenas». Al poeta Alfonso Reyes le bastaba ese amoroso acercamiento para respirar plenamente el aire de la otra «región más transparente», para amalgamar la cuna de la Atlántida con las esperanzas que despertó la realización de esa utopía: nuestro Nuevo Mundo, «nuestra América». Esa insuficiencia filológica la compensó con la heterodoxia poética que inauguró Hölderlin, cuyas traducciones de *Edipo el tirano* y *Antígona* de Sófocles delatan «su limitado conocimiento del griego», como asegura Wolfgang Schadewaldt. La heterodoxia poética y el arte de descifrar a los griegos de Hölderlin. Intención semejante subyace a las obras del mexicano universal sobre Grecia. Pero a ella se agregaba la necesidad de llenar la laguna que había dejado en la cultura de lengua española la mezquina intolerancia de la Contrarreforma: el «humanismo». De la persecución a los españoles que traducían del griego y a los que por eso se les acusaba de «luterizar» quedaron las cenizas de lo que en vez de «humanismo» cabría llamar el «gramaticalismo» de los jesuitas. A fines del siglo XVIII se hallaba tan extendido que José Joaquín Fernández de Lizardi caracterizó al tipo de «latinista» con la figura de «don Manuel Enríquez» de *El Periquillo sar-*

niento (1816) quien «por una tenaz y general preocupación que hasta ahora domina, nos enseñaba mucha gramática y poca latinidad». El siglo XIX fue honrado por el «humanismo» de don Juan Valera, cuya traducción de *Dafnis y Cloe* de Longo despierta la sospecha de que al hacerla estaba pensando en los amores de la viuda inmaculada Pepita Jiménez con el seminarista Luis de Vargas. Rubén Darío *irrespetó* el horror católico ante el «paganismo» y *despecaminizó*, si así cabe decir, el Olimpo. Abrió la brecha y se acogió a la vertiente erótica. Alfonso Reyes amplió el horizonte, interpretó la tragedia y destacó el otro Eros, esto es la pasión por el Logos, y puso de relieve la fuerza de ese pasado para la configuración de una ética personal, siempre arraigada en el mundo nativo de «nuestra América». La asimilación personal de Grecia cundió a través del mexicano universal en una imagen de América y de sus hijos que fundía la utopía con la conciencia de la realidad presente y que proponía un ideal secular. La «afición de Grecia» de Alfonso Reyes no sólo llenó el vacío del «humanismo» sofocado por la larga y anacrónica Contrarreforma, sino que sustituyó la concepción antivital del hombre y del mundo por una apertura y aceptación serena de las grandezas y miserias del ser humano. En este horizonte se inscribe su interés por Goethe.

Como la satisfacción de su «afición de Grecia», la de su admiración por Goethe no pretendía contribuir a la inmensa literatura científica sobre el cantor de Margarita. En su *Diario* registró el 25 de septiembre de 1931 esta confesión: «Goethe no sólo me inspira, no sólo me ayuda a entender ciertos ideales míos, sino que da el mejor retrato de mis defectos y el cuadro de los peligros que me amenazan. Él se libró a fuerza de genio. Yo sólo puedo librarme con paciencia y con diligencia. He aquí a lo que quiero referirme particularmente: el tomar el arte como una parte de la vida, trabada en todas las cosas de la vida, despedaza la obra y la convierte en un montón de ensayos fragmentarios. Así en Goethe. Así en Vinci, enfermo de la misma salud (si vale hablar así). Yo me muero de notitas. Quisiera en un gran desperezo, organizar todo». El ejemplo especular de Goethe constituye el presupuesto de la interpretación con la que Reyes participó en el primer centenario de la muerte del Consejero de Weimar en 1932. El título del ensayo escrito para esa ocasión, *Rumbo a Goethe*, indica que su propósito es sólo el de una aproximación. Ella es necesaria, porque en el mundo de lengua española Goethe no es una laguna sino un mausoleo cubierto de tópicos patéticos y de falsificaciones propias y recibidas de Europa. Al desbrozar el camino rumbo a Goethe y desmontar los andamios de cartón que entorpecen el acceso, Reyes va perfilando un Goethe «humano, demasiado

humano», que requiere entrar inocentemente en su vida, es decir, contemplar la *Trayectoria de Goethe*.

El ejemplo espejador de Goethe implica una identificación con él, una «simpatía» que excluye la vanidad de sentirse repetición de Goethe como ocurrió con Gerhart Hauptmann o con el poeta de Popayán (Colombia) Guillermo Valencia. Esa identificación está enmarcada en la modestia elegante con que Reyes asegura: «Goethe no cabe en mis medidas... Yo sólo sigo a mi poeta desde el otro cabo de la civilización y desde la orilla distante de otra lengua...». Ello no impide que en algunas estaciones de su camino a Goethe, Reyes hable como si saliera en defensa propia o sintiera los acosos de lo «eterno femenino» que padeció Goethe. Ello explica la indignación con la que Alfonso Reyes ejerce la acerada polémica, ausente en todas sus obras. El motivo de la excepción fue el misteriosamente famoso ensayo de José Ortega y Gasset, *Pidiendo un Goethe desde dentro*. En una carta a Eduardo Mallea (publicada póstumamente en el tomo de sus *Obras completas* —XXVI— que recoge sus escritos sobre Goethe) Reyes analizó con precisa, detallada y justa acidez polémica la actitud de Ortega frente a Goethe. La caracterizó como manifestación de dos sentimientos: el de la soberbia y el de la envidia y, de paso, trazó un nítido perfil del peculiar modo de pensar y de juzgar del «protuberante» celtíbero. La carta fue un desahogo que Reyes confió a los amigos de la revista *Sur* con el ruego de que quedara entre amigos. Su cortesía mexicana contuvo la fundada indignación que, además, perturbaba el ambiente sereno y generoso que irradiaba su interpretación de Goethe y condensó los reproches de arbitrariedad arrogante, desconocimiento de lo que se ha escrito sobre Goethe e ilógica argumentación en una crítica concisa a la tesis central del ensayo perpetrado por el máximo filósofo de las Españas. Este «ha fingido un Goethe por dentro, que luego ha de volcarse afuera, un jinete anterior a la cabalgadura». La consecuencia lleva a inculpar a Goethe de que «no siguió escribiendo el *Werther*, sino el *Fausto*, a lo largo de su dilatado existir», que no evolucionó desde el subjetivismo extremo de su periodo juvenil de *Sturm und Drang* hasta su «concepción mucho más objetiva y generosa del mundo, donde ya su poesía, a la vez que se encamina a la cumbre clásica, abarca los intereses sociales, la acción y la ciencia. Ya nada humano le es ajeno, como en la palabra de Menandro que repitió Terencio». De la réplica emerge el Goethe que Reyes se propuso rescatar. Es el «humanista» pero no en el sentido reducido que adquirió la palabra en manos de los gramáticos, sino en el específico que se desprende de la *Trayectoria de Goethe*, esto es, el «poeta de la experiencia inmediata —*Lebensdichter*—» que «si pecó por algo fue por querer apreciarlo todo al alcance de los sentidos,

negándose a la mano oscura de la matemática o a las abstracciones filosóficas; pues, caso único de alemán, y poeta al fin, nunca quiso pensar en el pensamiento, sino sólo en las cosas». Este «humanismo» es apego a la terrenalidad plena del hombre, para la que Goethe creó la palabra *Weltfrömmigkeit*. En sus *Años de peregrinación* Goethe postuló ese concepto para «poner nuestras convicciones sinceramente humanas en una amplia relación práctica y no fomentar solamente a nuestros prójimos sino a la vez llevar consigo a toda la humanidad». Alfonso Reyes enmarca en este humanismo su imagen de Goethe, a quien llama «nuestro clásico más próximo», que «entre nosotros» viene a hacer «lo que siempre el faro: dar el rumbo; aunque parezca sarcasmo, dar el rumbo. Todo ideal es un sarcasmo». El deslinde polémico del Goethe de Ortega condujo a Reyes a poner de relieve un Goethe no «desde dentro» sino «de cerca». Pues «no es frecuente conocer a un autor tan cerca como conocemos a Goethe, gracias a su propio empeño de expresarse». Eso implica un método de acercamiento que a su vez es un simple mandato de interpretación elementalmente «fenomenológica»: «a los textos mismos». Aunque Reyes cita a autores canónicos de la literatura sobre Goethe como Hermann August Korff o Friedrich Gundolf, desconocidos no sólo por Ortega sino también por los feligreses de su iglesia española, siempre acude a los textos de Goethe y a los testimonios de las personas más cercanas al Consejero: las infaltables *Conversaciones con Goethe* de Eckermann, las menos conocidas *Conversaciones con Goethe* de Frédéric Soret, las *Charlas con Goethe* del Canciller von Müller y los diversos epistolarios como el famoso con Bettina von Arnim, entre otros. Así cumple Reyes la regla que desprende del principio goetheano para el encaminamiento de los estudios naturales: «Para estimar con justicia a Goethe no hay más medio que ver acontecer a Goethe...». Al verlo acontecer en los retratos de sus escribanos y amigos y en la manifestación de su vida en su obra, Reyes compulsaba las partes del mosaico y con la familiaridad que obtiene en ello puede diferenciar y poner en tela de juicio el valor que merecen los testimonios. Consecuente, pues, con su método fenomenológico —o, como es preciso decir con Reyes: fenomenográfico— ejerce lo que los historiadores llaman «crítica de fuentes». Reyes, empero, no se limita a fijar el valor testimonial de Eckermann, von Müller o Soret, por ejemplo, sino, además, destaca aspectos de la personalidad de Goethe que se revelan en el encuentro de éste con sus interlocutores. Al «discípulo» Eckermann «le ocultaba, seguramente, la pasión y la intimidad», pero con él «se ensayaba un poco para la eternidad». Con el Canciller von Müller era más franco, porque tenía su mismo *status* social. Como el Canciller carecía de humor, Goethe le decía opiniones blasfemas